

# LA NECRÓPOLIS MEGALÍTICA DE ANTEQUERA (MÁLAGA): HISTORIOGRAFÍA Y ACTUACIONES RECIENTES

IGNACIO MARQUÉS MERELO  
JOSÉ ENRIQUE FERRER PALMA  
TERESA AGUADO MANCHA  
ANA BALDOMERO NAVARRO

## RESUMEN

Se presenta la historiografía de la necrópolis megalítica de Antequera, estructurada en las fases que pueden distinguirse en aquella, contextualizándolas y exponiendo, en cada una de ellas, las propuestas presentadas por los investigadores que han estudiado la necrópolis y referentes a los aspectos más relevantes, es decir, función propuesta para las estructuras, su cronología, rasgos de las masas tumulares, etc., finalizando con los resultados obtenidos en las más recientes excavaciones arqueológicas realizadas en la necrópolis.

## ABSTRACT

It is the aim of the present article to examine the historiography of the megalithic necropolis of Antequera, structured in the phases that can be distinguished by contextualizing them and listing, in each one of the, the proposals presented by the researchers who have studied the necropolis dealing with the most relevant aspects, i.e., proposed function for the structures, their chronology, features of the mound masses, etc. The article ends with a survey of the latest findings in the most recent archaeological excavations carried out in the necropolis.

Como es sabido, la necrópolis megalítica de Antequera está integrada por tres grandes sepulcros, Menga y Viera muy próximos entre sí, y El Romeral algo más distanciado y en un contexto algo diferente. Cada uno de ellos cuenta con un período de conocimiento diferente, Menga resulta con mucho el primero, ya que se viene citando desde el siglo XVII al menos, mientras que Viera, del que existen referencias escritas sobre su posible existencia desde fechas muy tempranas, se explora por primera vez en los primeros años del siglo XX, paralelamente al descubrimiento de El Romeral.

Formalmente, el sepulcro de El Romeral es el que presenta rasgos más definitorios, tratándose de un típico sepulcro de falsa cúpula, mientras que Menga y, sobre todo, Viera ofrecen características formales menos claras. Menga puede considerarse un sepulcro de corredor en el que un atrio abierto hacia el exterior da paso a un segundo tramo de planta rectangular que, a modo de corredor, sirve de acceso a la cámara, de planta ovalada, quedando marcado el tránsito de corredor a cámara por una alteración en la dirección de la línea de ambos laterales. La catalogación tipológica de Viera se hace algo más difícil, ya que aunque se acerca más a la idea de una galería estructurada en tres tramos separados por dos puertas perforadas, el estrechamiento del espacio interior que se aprecia entre los dos últimos lo relaciona con los sepulcros de corredor, que en el caso de Viera estaría formado por un largo corredor segmentado en dos tramos, al final del cual se dispone un cámara de planta cuadrangular. La problemática tipológica de Menga y Viera no es única en las tierras de la provincia de Málaga al estar presente en otros sepulcros megalíticos (Marqués Merelo 1979. Ferrer *et alii* 1980), pudiendo considerarse como sepulcros en los que el corredor está escasamente diferenciado.

El Romeral tiene un corredor de paredes de mampostería y cubierta adintelada que conserva 11 losas, con una longitud máxima conservada de 26'30 m., una anchura media de 1'50 m. y una altura media de 1'95 m. La cámara, con la típica cubierta de falsa cúpula, tiene sus paredes ligeramente abovedadas, elaboradas en mampostería que terminan en una losa horizontal; es de planta circular, con 5'20 m. de diámetro y 3'75 m. de altura. Al fondo de esta cámara se abre un vano que da acceso a un pequeño corredor que termina en una camarita, reproduciendo, a menor escala, la morfología y la técnica constructiva señaladas anteriormente. La longitud total conservada del sepulcro supera ligeramente los 34 m. (Leisner y Leisner 1943, figs. 30 y 31).

El sepulcro de Menga está construido con técnica ortostática, faltando únicamente los ortostatos correspondientes al inicio del atrio, donde las últimas excavaciones arqueológicas han evidenciado la zanja de cimentación de los mismos. La longitud interior conservada es de 25 m., que se amplía hasta 27'50 m. considerando el tramo inicial del atrio, que ha perdido los ortostatos. La altura aumenta desde la entrada, con 2'70 m., hacia la cabecera, donde se amplía hasta 3'50 m. La máxima anchura, de 6 m. se alcanza en el tercio final de la cámara, en la que se alinean tres pilares que coinciden con la unión de las losas de cubierta. Cada uno de los laterales del sepulcro estaría formado por 14 ortostatos, de los que se conservan 12; mientras que la cabecera aparece formada por uno sólo. La cubierta la integran 5 losas (Marqués Merelo *et alii* 2004, fig. 7).

Por último, Viera, edificado como Menga con técnica ortostática, tiene un recorrido interior de algo más de 21 m., si tenemos en cuenta los datos propor-

cionados por la excavación de su acceso, longitud que puede ampliarse a más de 22 m. exteriormente teniendo en cuenta la dimensión de la losa de cubierta de la cámara y la que probablemente tuviera la que llegaría a cubrir su acceso exterior. Su anchura interior media, bastante regular, oscila entre 1'30 m. en sus tramos iniciales y 1'60 m. en el tramo final correspondiente a la cámara. Cada lateral del sepulcro debió estar formado por 16 losas, de las que se conservan catorce en el lateral izquierdo y 15 en el derecho, mientras que la cabecera está compuesta por una sola losa. De la cubierta se conservan cinco losas íntegras y fragmentos de otras dos, además pueden suponerse la existencia de tres o incluso cuatro losas más, desaparecidas en la actualidad. La altura interior media del sepulcro es de poco más de 2 m. (Leisner y Leisner 1943, fig. 37).

Dos hechos han de tenerse en cuenta en el momento de abordar la historia de las investigaciones de esta necrópolis megalítica; por un lado lo antiguo del conocimiento de la necrópolis, que se remonta al menos al siglo XVII y, por otro, la relevancia de la misma por el carácter monumental y la variedad formal y técnica de los sepulcros que la integran, convirtiéndola en una referencia recurrente en los estudios sobre megalitismo de ámbito geográfico concreto o general.

Estos dos hechos constituyen la causa de que la bibliografía sobre este conjunto megalítico monumental sea muy amplia, comprendiendo desde historias locales sobre la ciudad de Antequera hasta trabajos monográficos, pasando por su incorporación en trabajos de síntesis sobre megalitismo de muy diverso alcance. Se hace necesaria por lo tanto una estructuración de la gran producción bibliográfica que ha generado esta necrópolis megalítica en diversas etapas en función de la forma en la que los autores abordan el estudio de la necrópolis y la interpretación que ofrecen de la misma, al tiempo que también se hace imprescindible una selección, teniendo en cuenta tan sólo aquella bibliografía que podemos considerar como más relevante para ofrecer un cuadro general de la historia de las investigaciones sobre este yacimiento.

Una primera etapa abarcaría desde principios del siglo XVII hasta mediados del siglo XIX y a ella correspondería una serie de historias locales sobre la ciudad de Antequera en las que se hace mención a la Cueva de Menga, acerca de la cual se presenta una breve descripción a un nivel muy general, insistiendo en la relevancia de la construcción por sus características generales y su monumentalidad, que sirven a los autores para destacar la antigüedad de Antequera y la importancia de su pasado, todo ello dentro de un marcado localismo. En estas obras la "cueva" de Menga se considera como un recinto edificado bien por los primeros pobladores de la localidad anteriores a la época romana para protegerse de animales y corsarios como planteaba A. García de Yegros a principios del siglo XVII (García de Yegros, s.f.e.), bien por seres

sobrenaturales y en el que los hombres realizaban sacrificios o prácticas demoníacas tal y como defendía F. de Tejada y Nava por las mismas fechas (Tejada y Nava, s.f.e.). Resaltar también de estas obras las referencias que se hacen en torno a la posibilidad de una construcción parecida a la de Menga, situada en las cercanías de ésta y que no se llega a explorar por las dificultades que tenía su acceso, debiendo tratarse con toda probabilidad de la que más tarde conoceremos como Cueva de Viera<sup>1</sup>.

La publicación en 1847 de la conocida obra de R. Mitjana sobre el sepulcro de Menga (Mitjana 1847) marca un cambio significativo en la bibliografía sobre la necrópolis megalítica de Antequera, iniciándose una nueva fase que se extendería hasta finales del siglo XIX. Las novedades que representa la publicación de R. Mitjana se refieren a varios aspectos, comenzando por ser el primer trabajo monográfico sobre el tema. De esta publicación habría que destacar, además de una descripción del sepulcro algo más completa y precisa que las presentadas hasta aquella fecha, las primeras representaciones gráficas de Menga, la también primera referencia a las características constructivas del sepulcro, señalando el carácter artificial del túmulo, que el autor deduce a partir de la observación de la acumulación de tierras y piedras dispuesta por detrás de los ortostatos y que se aprecia en los huecos existentes entre éstos así como en los lugares en los que los saqueadores habían dejado al descubierto la estructura tumular, la fijación de la cantera de la que se obtuvieron las losas del sepulcro en el cercano Cerro de la Cruz y, por último, la interpretación que da para Menga, a la que considera como templo druida vinculado a los celtas, siguiendo de esta forma la idea que se tenía en Europa para este tipo de construcciones.

La obra de R. Mitjana tuvo un gran reflejo en los trabajos que se publican poco después, entre 1850 y 1879, cuyos autores, I. Marzo (Marzo 1850) y T. de Rojas (Rojas 1874 y 1879), se basan en gran medida en la documentación aportada por R. Mitjana, con el que, no obstante, discrepan en algunos datos de carácter descriptivo y en la interpretación de Menga, a la que consideran como una edificación funeraria, haciéndose eco de la utilización entre los arqueólogos del momento del término megalítico para estas construcciones, todo ello en la línea de las nuevas tendencias que se estaban marcando en Europa, aunque ambos autores mantienen la vinculación con el mundo celta. En esta temprana época comprobamos ya la existencia de un interés por la conservación del monumento, con la colocación de una verja en su entrada, según recoge T. de Rojas.

1. Deseamos expresar nuestro agradecimiento a D. José Escalante, Archivero del Archivo Municipal de Antequera, por su inestimable ayuda en la consulta de muchos de estos primeros escritos referentes a la necrópolis de Antequera.

El período comprendido entre finales del siglo XIX y mediados del XX, que representaría una nueva fase, es el más prolijo en cuanto a producción científica referida a la necrópolis megalítica de Antequera, con numerosos trabajos de carácter monográfico y la inclusión de la misma en estudios generales sobre megalitismo; dos hechos explican esta situación. Por un lado, el descubrimiento en los primeros años del siglo XX de El Romeral y la exploración de Viera, después de que se estuviera planteando su posible existencia desde el siglo XVII; estas novedades, de carácter tan monumental como Menga, no sólo representan un aumento cuantitativo de la necrópolis, sino también cualitativo al combinar estructuras ortostáticas y de falsa cúpula, un dato que debe ser tenido en cuenta a la hora de señalar las causas de esa amplia producción científica a la que se ha aludido, según veremos. Por otro, hay que recordar el auge que desde finales del siglo XIX cobran los estudios sobre megalitismo y que tienen como uno de sus temas principales la discusión entre orientalistas y occidentalistas en torno a su origen, un debate que gravita sobre la relación existente entre las estructuras ortostáticas y las de falsa cúpula, representadas ambas en la necrópolis de Antequera, lo que explica el creciente interés de su estudio a lo largo de este período, que es abordado con detenimiento y con gran rigor por prestigiosos investigadores de distintas nacionalidades, destacando sobre todo el trabajo de G. y V. Leisner (Leisner y Leisner 1943, 173-185, figs. 55-58), el más completo y detallado en todos los aspectos de los presentados hasta el presente.

Dejando a un lado el apartado meramente descriptivo de los sepulcros y del escaso material arqueológico conservado, así como la correspondiente documentación gráfica, que alcanzan su máximo nivel en el mencionado trabajo de G. y V. Leisner (Leisner y Leisner 1943, figs. 55-58), son varios los aspectos a destacar de los trabajos de investigación que ven la luz a lo largo de este período.

Comenzando por la cronología y abandonada ya la idea de vincular el megalitismo con el mundo celta que había imperado en la etapa anterior, ahora vemos como tras un momento en el que los sepulcros son adscritos a la época tartésica, tal y como proponía M. Gómez Moreno en 1905 (Gómez Moreno 1905, 128-132) y mantuvo C. de Mergelina en 1922 (Mergelina 1922, 40-43), será H. Obermaier en 1924 (Obermaier 1924, 30-31) el que rechace esa adscripción, situando los sepulcros antequeranos a finales del Neolítico y la Edad del Cobre (Obermaier 1919, 78), mientras que trabajos de investigación más recientes, como los de G y V. Leisner (Leisner y Leisner 1943, 572 y ss.) y S. Giménez Reyna de 1960 (Giménez Reyna 1960) los asocian a la Edad del Cobre.

La presencia de estructuras ortostáticas y adinteladas y el hecho de que el origen del megalitismo fuera un tema recurrente en estos años, explica el que

la mayoría de los autores que abordan el estudio de la necrópolis de Antequera la tomen como base para mostrar su posicionamiento con relación a este tema, que analizan con una cierta extensión en sus publicaciones, en las que podemos ver distintas posturas que van desde una visión claramente orientalista, dando prioridad cronológica a El Romeral, que representaría un modelo introducido desde el Mediterráneo Oriental, sobre Menga y Viera, como defendía M. Gómez Moreno, hasta un planteamiento de corte más occidentalista que presenta P. Paris en 1918 (Paris 1918, 22-26), proponiendo la prioridad de los sepulcros ortostáticos como Menga y Viera en relación con los de falsa cúpula como el de El Romeral, pasando por la idea expuesta por C. de Mergelina en el sentido de considerar a este último como una estructura nacida en el territorio peninsular a partir de las plantas circulares de las cabañas y que antecedería a los sepulcros ortostáticos de Menga y Viera (Mergelina 1922, 41 y ss.).

Otro de los puntos más tratados en las publicaciones que comentamos es el referente al proceso constructivo, sobre todo con relación a Menga y Viera; la monumentalidad de los sepulcros y de las losas que los forman, así como la posibilidad de plantear el tema a partir de las observaciones que podían hacerse al respecto en el pasillo abierto por lo saqueadores por detrás de los ortostatos del lateral derecho del sepulcro de Viera y los huecos abiertos por aquellos en la masa tumular de Menga, explican muy posiblemente esa constante en estos trabajos, como por ejemplo los de M. Gómez Moreno (Gómez Moreno 1905, 86), H. Obermaier (Obermaier 1919, 15-16. Obermaier 1920, 126-127) y G. y V. Leisner (Leisner y Leisner 1943, 179), en los que se propone para ambos sepulcros un mismo proceso de construcción que, en esencia, consistiría en la excavación sobre la roca natural del terreno de una zanja con la forma y dimensiones del sepulcro y cuyas paredes tendrían una altura semejante a la de los ortostatos, un punto este último que G. y V. Leisner reconocen que estaba pendiente de comprobación (Leisner y Leisner 1943, 179); situados en su lugar aquellos, se procedería a la colocación de las losas de cubierta, finalizando con la construcción del túmulo, en la que se emplearían tierras y piedras.

Es también en esta fase cuando se acometen trabajos de restauración y consolidación en el conjunto de la necrópolis que confirieron a los sepulcros y a su entorno el aspecto que han presentado en la segunda mitad del s. XX, modificado tan sólo muy recientemente en el caso de Viera. Algunos de estos trabajos se realizaron en 1933, después de que los tres sepulcros fuesen declarados, en su conjunto, como Monumento Histórico-Artístico Nacional, aunque la mayoría corresponden a 1940 y 1941, en los que fue relevante la labor desarrollada por S. Giménez Reyna.

Por último, tendríamos que señalar las novedades que representan los grabados de Menga, recogidos por primera vez por R. Amador de los Ríos en 1907 (Amador de los Ríos 1907, 29) y las referencias al Cerro de Marimacho,

también conocido como Cerro Antequera, cercano a los sepulcros de Menga y de Viera, como posible asentamiento relacionado con la necrópolis que inicia M. Gómez Moreno (Gómez Moreno 1905, 88).

Aunque el apartado gráfico no constituya uno de los aspectos más relevantes, sí podríamos apuntar el hecho del incremento que experimenta en el conjunto de los trabajos que se publican a lo largo de esta fase, incorporándose, junto a la planta y el alzado de los sepulcros, diversos detalles de los mismos. Sin pretender entrar en un análisis comparativo, es de resaltar la sensible diferencia que ofrecen, en varios aspectos, la planta y el alzado de Menga que se recogen en estas publicaciones en relación con los presentados por R. Mitjana, y que ya en 1886 E. de Cartailhac consideró defectuosos (Cartailhac 1886, 186-187, figs. 260-264).

Entre 1960 y finales de la década 1980/90 y después de las numerosas aportaciones bibliográficas realizadas en la época anterior, los estudios sobre la necrópolis megalítica de Antequera decaen, siendo tan sólo recogida en trabajos de síntesis sobre megalitismo que no incorporan nada nuevo relevante con relación a los sepulcros antequeranos. Entre esas dos fechas tan sólo pueden señalarse algunas publicaciones que, siguiendo las tendencias de la investigación en esos años, centradas en el estudio de los asentamientos una vez finalizado el debate entre orientalistas y occidentalistas, se refieren al estudio del Cerro de Marimacho, aunque siempre a partir de un registro arqueológico de superficie; en este marco se inscriben publicaciones como las de J. A. Leiva y B. Ruiz de 1977 (Leiva Rojano y Ruiz González 1977) y de J. E. Ferrer, A. Baldomero y A. Garrido de 1987 (Ferrer Palma *et alii* 1987), que situaban los comienzos del asentamiento en una fase de Cobre Pleno, prolongándose a lo largo del período campaniforme (Ferrer Palma *et alii* 1987, 183).

La última fase, por el momento, en la investigación de la necrópolis megalítica de Antequera se inicia hacia 1985, cuando se pone en marcha un proyecto a iniciativa de la Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía, cuyos resultados y las circunstancias que lo han rodeado han sido dados a conocer parcialmente en varias publicaciones (Ferrer Palma y Marqués Merelo 1993. Ferrer Palma 1997-a. Ferrer Palma 1997-b. Marqués Merelo *et alii* 2004)

Buena parte del paisaje que se puede observar en la actualidad es resultado de la voluntad política de la nueva administración autonómica de modificar el aspecto que se había consolidado desde las actuaciones de 1941; actuaciones aquellas que se hicieron sin contar con una documentación que en la actualidad se considera imprescindible en trabajos encaminados a una adecuada conservación, restauración y puesta en valor social de conjuntos monumentales. A esta última necesidad se unía el deseo de conocer los distintos materiales que se habían empleado en aquellas actuaciones, de los que no existía documentación por otra parte, y que era preciso analizar con el fin de conocer su estado de

conservación y el efecto que podía estar produciendo en los sepulcros, de cara a asegurar la conservación de los mismos.

A continuación se reseñan las actuaciones arqueológicas, cuyos resultados han estado siempre a disposición de la administración, aunque su interpretación final falte aún por estructurar, lo que no ha sido obstáculo para que se emprendan labores de modificación del espacio, sobre todo en lo referente al sepulcro de Viera, en el que los recientes trabajos de consolidación y restauración han contado únicamente con una parte muy limitada de la documentación obtenida en las excavaciones arqueológicas realizadas en la necrópolis entre 1986 y 1995, y con el asesoramiento inicial, previo a la elaboración del proyecto de actuación en el sepulcro, del equipo de arqueólogos responsable de dichas excavaciones, sin que ese asesoramiento se mantuviera durante la realización, aprobación y desarrollo de ese proyecto de actuación en Viera, en relación a cuyo resultado el citado equipo de arqueólogos, que actualmente prepara la publicación final de los resultados arqueológicos (Ferrer Palma *et alii*, en preparación), no se siente vinculado ni tiene responsabilidad alguna.

Las actuaciones arqueológicas en los sepulcros de Menga y de Viera, emprendidas por el equipo de la Universidad de Málaga, se han desarrollado a lo largo de cuatro campañas de excavaciones correspondientes a 1986, 1988, 1991 y 1995, realizadas en todos los casos a petición del equipo de arquitectos designados por la Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía, habiendo quedado prácticamente fuera de todo el proceso de documentación el sepulcro de falsa cúpula de El Romeral, al que sólo se le practicó una limpieza a fondo en la actuación de 1986.

Se iniciaron las labores de documentación con los análisis geológicos, físicos y químicos de los componentes estructurales, fundamentalmente del sepulcro de Menga y en menor medida de Viera, continuándose con la excavación del interior de los dos sepulcros, y la de ambos túmulos, proyectándose para el túmulo de Menga un total de 33 áreas de excavación con un espacio documentado de 164 m<sup>2</sup> y para el de Viera un total de 24 áreas de excavación con un espacio documentado de 128 m<sup>2</sup>. Así mismo, se excavaron los alrededores de los sepulcros, especialmente el área oriental entre aquellos y la carretera nacional que bordea las construcciones megalíticas y, en menor medida, el área septentrional a la salida del sepulcro de Menga. Como investigaciones paralelas se proyectó la localización del área de aprovisionamiento de materias primas destinadas a la extracción de las losas de los sepulcros; se llevó a cabo una prospección arqueológica del entorno que cubrió todo el perímetro de los sepulcros en un radio de unos 5 kilómetros; se diseñó un proyecto de comprobaciones calendáricas y su relación con la fenomenología astronómica con respecto a la situación espacial de los sepulcros; se estudiaron los fenómenos hídricos actuales y las huellas geológicas de sus procesos históricos y se inves-



tigó, como probable hábitat relacionado, el cercano Cerro de Marimacho, situado hacia el noreste de la necrópolis.

Todas las actuaciones han estado encaminadas bien a la comprobación del estado de conservación de las estructuras, a la adquisición de datos mecánicos con miras a las propuestas de restauración, a la documentación de las alteraciones de orden natural y antrópico, a la localización de sectores enmascarados por el diseño de la utilización social del espacio, o bien a la consecución de datos arqueológicos que proporcionaran un mayor conocimiento del tiempo y el espacio en que se construyeron, utilizaron y abandonaron los monumentos de la necrópolis.

La mayor parte de los objetivos se han cumplido de forma satisfactoria desde el punto de vista de la actuación arqueológica, aunque de forma cuantitativamente dispar, quedando, en el momento de la interrupción del proyecto de forma unilateral por parte de la Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía (1995), la investigación en Menga casi totalmente concluida, la de Viera a un 60% y la de El Romeral tan sólo esbozada. Los resultados arqueológicos, obviándose aquí los técnicos, han sido apuntados someramente en las publicaciones ya mencionadas y pueden resumirse en la relación que se desarrolla a continuación.

En cuanto al estado de las estructuras se ha estudiado y valorado la existencia de las pátinas adquiridas por las losas y se han determinado de forma correcta los niveles de riesgos mecánicos, incluso los que podían derivarse del uso antrópico, evidente de forma especial en el lateral derecho del sepulcro de Menga, aunque existente de forma más encubierta en numerosos puntos de todos los sepulcros.

Con respecto a los sistemas de construcción se ha establecido, mediante la contrastación de probetas, extraídas de las zonas traseras de las losas de los laterales de Menga y Viera y de las que componen las paredes de El Romeral, con localizaciones de materias primas de los alrededores, las fuentes de suministro, verificándose el cercano Cerro de la Cruz como área de cantera para los sepulcros de Menga y Viera y el área del entorno del último tramo de la carretera N. 331 antes de su enlace con la N. 342 como lugar más probable para el acarreo de las losas que componen las hiladas del sepulcro de El Romeral; por otra parte, algunas de las áreas investigadas, en especial aquellas diseñadas junto a los laterales de los sepulcros, exterior e interiormente, han permitido proponer una hipótesis del sistema seguido en la construcción, tanto de las estructuras como de los túmulos (Ferrer Palma y Marqués Merelo 1993, 359. Ferrer Palma 1997-a, 31 y ss, fig. 3; Ferrer Palma, 1997-b, 354-359, figs. 2-4. Marqués Merelo *et alii*, 249-250).

Desde el punto de vista estrictamente arqueológico y respecto a las estructuras megalíticas se ha verificado la inexistencia absoluta de sedimentos ar-

queológicos en el interior del sepulcro de Menga cuyo piso actual, sobre la roca natural, está compuesto enteramente con materiales de aportes recientes; se han localizado vestigios del piso original del sepulcro de Viera, en concreto restos de enlosado en el último tramo del corredor antes del acceso a la cámara, restos que se dejaron, hasta que fueran integrados en las restauraciones previstas, protegidos bajo un suelo de aporte reciente; se determinó el proceso de fijación al suelo de los laterales de los sepulcros, evidenciándose la existencia de un suelo rocoso cortado artificialmente para recibir a los ortostatos; se localizaron áreas de vaciado antrópico en el interior de Menga, especialmente en la entrada al sepulcro y junto a su lateral derecho; se investigó el eje correspondiente a los pilares centrales en Menga, documentándose el sistema de anclaje de cada uno de ellos y pudiendo rechazarse la hipótesis, argumentada sin base científica, de la existencia original de un cuarto pilar en el tramo inicial del sepulcro. Por último, se pudo proponer una reconstrucción, más acorde con la realidad, de los tramos de acceso tanto de Menga como de Viera; en el primer caso se ha verificado la existencia de un atrio ligeramente abierto (Marqués Merelo *et alii*, 249, fig. 7), cuya zanja para los correspondientes ortostatos, así como escasos restos de algunos de ellos y, especialmente, los cantos de fijación, permanecen, hoy día, ocultos bajo los sedimentos recientes al exterior de la actual verja de cierre; en el segundo, se pudo constatar la continuidad del corredor de Viera en un corto tramo adicional, en su momento cubierto con sedimentos en los que se localizaron, en toda su potencia, fragmentos de cerámica clásica, documentándose así mismo el umbral de la primera puerta que daba acceso al resto del sepulcro y que se dejó protegida en el subsuelo.

Con respecto a los túmulos, se ha verificado la existencia de aportaciones totalmente artificiales para la construcción de los montículos que se pueden observar actualmente, al tiempo que se ha podido obtener una amplia serie de datos que modifican varias de las propuestas hechas en relación a las características de los mismos en distintos aspectos y permiten plantear en la actualidad de forma más precisa los procesos constructivos, documentándose los sistemas de alternancia de los depósitos sedimentarios. Mientras que en Menga algunas de las capas, especialmente las más superficiales, aunque en parte también las más profundas, presentan depósitos de abundantes losas de tamaño medio dispuestas salpicadamente para, probablemente, permitir el drenaje del agua impidiendo por otra parte el arrastre de los sedimentos de grano fino, en Viera se ha constatado la existencia de un cinturón de piedras que rodea al sepulcro en sus inmediaciones, adquiriendo una forma alargada y estrecha, que se dispone alrededor y por encima de las losas de cubierta, alcanzando un grosor, sobre éstas, de casi 1'20 m. y extendiéndose desde el eje central del sepulcro hacia el interior de la masa tumular hasta 4m.; al exterior de este cinturón y sobre el mismo se aportan sedimentos sólo de grano fino hasta cons-

tituir el montículo que se observa en la actualidad, modificado desde las actuaciones arqueológicas hasta la fecha por las labores de restauración a las que ya hemos aludido anteriormente.

Las actuaciones de estas últimas campañas arqueológicas en los túmulos han permitido así mismo comprobar las alteraciones antrópicas del espacio exterior de los laterales de los sepulcros, lo que ha permitido documentar la existencia de un pasillo exterior cuya altura hacia posible la transitabilidad cómoda de una persona, que en Menga afecta prácticamente a todo el lateral derecho, a la cabecera y a casi todo el lateral izquierdo, del que sólo se salva un tramo central reducido. El acceso a este pasillo exterior, que se abre bajo los sedimentos de la zona superior de su túmulo y del que no se tenía noticia alguna hasta estas recientes excavaciones arqueológicas, se practicó atravesando la losa de cabecera ( en la actualidad se puede apreciar el área de esta perforación, cerrada mediante cementos recientes cuya diferente coloración es evidente) y que debió atravesar el grosor de más de un metro que posee dicha losa, con el fin de localizar supuestos "tesoros". Idéntico motivo debió ocasionar la perforación practicada en la losa de cabecera de Viera que daba acceso a otro pasillo semejante, conocido en la bibliografía desde las primeras publicaciones (Velázquez Bosco 1905, lám. XXIV. Gómez Moreno 1905, 85-87, por ejemplo), de altura similar aunque de menor recorrido, ya que en este caso afectaba (en la actualidad se encuentra colmatado) a buena parte del tramo cubierto del lateral derecho, a la cabecera y a la zona posterior del lateral izquierdo correspondiente a la cámara. En este último sepulcro ha podido ser comprobada la existencia de una fuerte alteración en el área tumular que afecta a la zona sobre el inicio del adintelamiento conservado, especialmente sobre la misma puerta de acceso y junto al primer tramo cubierto del lateral derecho, cuyo vaciado afecta con detenimiento prácticamente a toda la masa tumular que se encuentra sustituida por rellenos exógenos correspondientes a la restauración de mediados del s. XX.

En otro orden, se ha verificado la pérdida, causada por los accesos para vehículos rodados abiertos hasta la entrada de Menga, de masa tumular en el sector noroccidental y en el área del acceso original al sepulcro y, aunque consecuencia de un proceso inverso de acumulación de sedimentos, en mayor medida durante época clásica, el recrecimiento de amplios sectores del área septentrional de Viera.

Por último, y por ahora sólo en el sepulcro de Menga, se ha podido recomponer el perímetro original del túmulo, localizándose algunas pequeñas rocas (en la actualidad ocultas bajo el recrecimiento que el sector externo más conservado del túmulo de Menga, el meridional, ha sufrido por la extensión de la ocupación en época romana) que debieron jalonar, aunque nunca de forma sistemática y por lo tanto sin formar círculo peristáltico alguno, el borde final del túmulo artificial.

La excavación sistemática de los túmulos ha permitido la obtención de algunas analíticas, así como la confirmación de que el espacio estaría ocupado por algún tipo de asentamiento durante la fase final neolítica, documentada por la existencia entre los sedimentos, especialmente los que parecen provenir de sustratos edáficos superficiales, coetáneos con la construcción, de fragmentos de cerámica decorada propios del momento descrito. Las analíticas polínicas, unidas al estudio paleohídrico ya mencionado, han permitido proponer el paisaje coetáneo a la construcción (Ferrer Palma, 1997-b, 365-369. Marqués Merelo *et alii* 2004, 244-245), manifestando la presencia de herbáceas propias de bordes de sembrados ( los pólenes de gramíneas localizados resultan ambiguos para determinar claramente la presencia de cultivos por lo que éstos sólo pueden ser supuestos de forma indirecta); plantas ruderales que manifiestan la existencia de roqueos o cascajos, provenientes quizás de destrucciones de unidades de habitación o de las mismas acumulaciones de materiales para la edificación de los túmulos; arbustivas, indicando la existencia de monte bajo en las inmediaciones o arbóreas, pinos, encinas o coscojas, y lo que parece más sugerente, alisos y abedules, quizás interpretables (en el caso de que su bajo porcentaje no indicase una presencia casual) como especies de un área más húmeda que la presumible para la época y el área. Entre las analíticas podemos destacar la única fecha radiocarbónica conseguida (la dificultad de aislar áreas estratigráficas sin riesgo de contaminación explica esta exigüidad) que ofreció el dato de  $2.600 \pm 140$  a.C. tomada en un paleosuelo aislado bajo el túmulo de Viera a más de tres metros de profundidad, que calibrada a 1 sigma correspondería entre 3503 y 3024 ANE o a 2 sigmas entre 3641 y 2887 ANE (Rodríguez Vinzeiro y Márquez Romero 2003, 329-330).

La investigación del entorno inmediato de los túmulos, especialmente el área oriental, entre éstos y la carretera de entrada a la ciudad de Antequera, evidenció la existencia de restos de dependencias pertenecientes a la cercana villa romana que es conocida como "Carnicería de los Moros", dependencias que corresponderían, por una parte, a los almacenes posteriores de la villa y, por otra, a la necrópolis de tégulas que, por la carencia de ajuares, debió albergar a la servidumbre de la villa. Tanto dependencias como tumbas interfieren en los túmulos de los sepulcros, las primeras especialmente en el borde del túmulo de Viera y las segundas en el de Menga, aunque también aparezcan de forma más singular en el de Viera.

Todos estos detalles que han quedado recogidos aquí, así como las investigaciones de la ocupación coetánea del espacio circundante, sobre el que se han realizado dos campañas de prospección sistemática, y las excavaciones, aunque muy puntuales por su carácter de urgencia, en la ladera nororiental del cercano Cerro de Marimacho, con la localización de estructuras en negativo que hablan de la ocupación estable del área desde una fase antigua de la Edad

del Cobre (Marqués Merelo *et alii* 2004, 246-247, figs. 2 y 3), ampliando el marco cronológico del asentamiento inicialmente propuesto a partir tan sólo del registro material de superficie como se ha señalado, están siendo sintetizadas en un trabajo que esperamos pueda publicarse en breve (Ferrer Palma *et alii*, en preparación).

## BIBLIOGRAFÍA

- AMADOR DE LOS RÍOS, R. (1907): *Catálogo de los Monumentos Históricos y Artísticos de la Provincia de Málaga*.
- CARTAILHAC, E. (1886): *Les Ages Préhistoriques de l'Espagne et du Portugal*. París.
- FERRER PALMA, J. E.; BALDOMERO NAVARRO, A. y GARRIDO LUQUE, A. (1987): "El Cerro de Marimacho (Antequera, Málaga)". *Baetica*, 10, pp. 179-188.
- FERRER PALMA, J. E. y MARQUÉS MERELO, I. (1993): "Informe de las actuaciones realizadas en la necrópolis megalítica de Antequera (Málaga) durante 1991". *Anuario Arqueológico de Andalucía/1991. III Actividades de Urgencia*, pp. 358-360.
- FERRER PALMA, J. E. (1997-a): "Proyecto de reconstrucción arquitectónica y medioambiental en la necrópolis megalítica de Antequera (1985-1991): aspectos metodológicos". En MARTÍN RUIZ, J. M.; MARTÍN RUIZ, J. A. y SÁNCHEZ BANDERA, P. J. (Eds.): *Arqueología a la carta. Relaciones entre teoría y método en la práctica arqueológica*. Servicio de Publicaciones del Centro de Ediciones de la Diputación de Málaga, pp. 119-144.
- FERRER PALMA, J. E. (1997-b): "La necrópolis megalítica de Antequera. Proceso de recuperación arqueológica de un paisaje holocénico en los alrededores de Antequera, Málaga". *Baetica*, 19 (I), pp. 351-370.
- FERRER PALMA, J. E.; MARQUÉS I.; FERNÁNDEZ, J.; BALDOMERO, A. y GARRIDO, A. (1980): "El sepulcro megalítico del "Tajillo del Moro" (Casabermeja, Málaga)". *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada*, 5, pp. 81-118.
- FERRER PALMA, J. E.; MARQUÉS MERELO, I.; BALDOMERO NAVARRO, A. y AGUADO MANCHA, T. (en preparación) : *La necrópolis megalítica de Antequera*.
- GARCÍA DE YEGROS, A. (s.f.e.) : *Historia de la antigüedad y nobleza de la Ciudad de Antequera*. Manuscrito original de comienzos del siglo XVII.
- GIMÉNEZ REYNA, S. (1960): *Los Dólmenes de Antequera*. Antequera.
- GÓMEZ MORENO, M. (1905): "Arquitectura tartesia: la necrópolis de Antequera". *Boletín de la Real Academia de la Historia*, t. XLVII, pp. 81-132.
- LEISNER, G. y LEISNER, V. (1943): *Die Megalithgräber der Iberischen Halbinsel. I Der Süden*. Berlín.

- LEIVA ROJANO, J. A. y RUIZ GONZÁLEZ, B. (1977): "Varia Arqueológica. Materiales arqueológicos del Cerro de Antequera". *Jábega*, 19, pp. 15-18.
- MARQUÉS MERELO, I. (1979): "La necrópolis megalítica de Chaperas (Casabermeja, Málaga). El sepulcro "Chaperas 1", *Baetica*, 2 (I), 111-130.
- MARQUÉS MERELO, I.; AGUADO MANCHA, T.; BALDOMERO NAVARRO, A. y FERRER PALMA, J. E. (2004): "Proyectos de la Edad del Cobre en Antequera (Málaga)", en *II-III Simposios de Prehistoria Cueva de Nerja*, Fundación Cueva de Nerja, Málaga, pp. 238-260.
- MARZO, I. (1850): *Historia de Málaga y su provincia*. Málaga.
- MERGELINA, C. de (1922): "La necrópolis tartesia de Antequera". *Sociedad Española de Antropología, Etnografía y Prehistoria*, Memoria IV, pp. 37-90.
- MITJANA, R. (1847): *Memoria sobre el templo druida hallado en las cercanías de la ciudad de Antequera*. Málaga.
- OBERMAIER, H. (1919): *El dolmen de Matarrubilla (Sevilla)*. Comisión de Investigaciones Paleontológicas y Prehistóricas, Memoria 26, Madrid.
- OBERMAIER, H. (1920): "Die Dolmens Spaniens". *Mitteilungen der Anthropologischen Gesells.*
- OBERMAIER, H. (1924): "El dolmen de Soto (Trigueros; Huelva)", *Boletín de la Sociedad Española de Excursionistas*, XXXIII, pp. 1-31.
- PARIS, P. (1918): *Promenades archéologiques en Espagne*. Revue Archéologique, pp. 6-35.
- RODRÍGUEZ VINCEIRO, F. y MÁRQUEZ ROMERO, J. E. (2003): "Dataciones absolutas para la Prehistoria Reciente de la provincia de Málaga: una revisión crítica", *Baetica*, 25, pp. 313-353.
- ROJAS, T. de (1874): "La Cueva de Menga". Núm. 15, 21 de Enero; núm. 16, 28 de Enero; núm. 17, 7 de Febrero y núm. 18, 14 de Febrero, *El Genil*, Semanario de Literatura, Granada.
- ROJAS, T. de (1879): *Historia de Antequera*.
- TEJADA Y NAVA, F. de (s.f.e.): *Historia de la ciudad de Antequera*. Manuscrito original de comienzos del siglo XVII.
- VELÁZQUEZ BOSCO, R. (1905): "Cámaras sepulcrales descubiertas en término de Antequera", *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, T. 12, pp. 1-7.



Lámina I.- Excavación del túmulo de Menga (1) y de Viera (2).

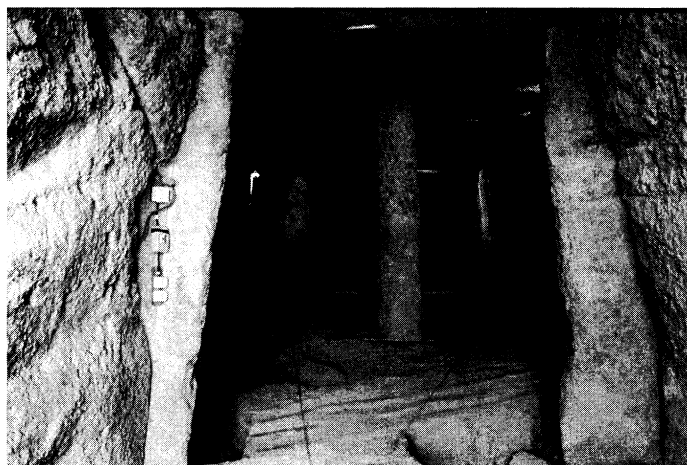


Lámina II.- Excavación del interior de Menga (1) y de Viera (2).



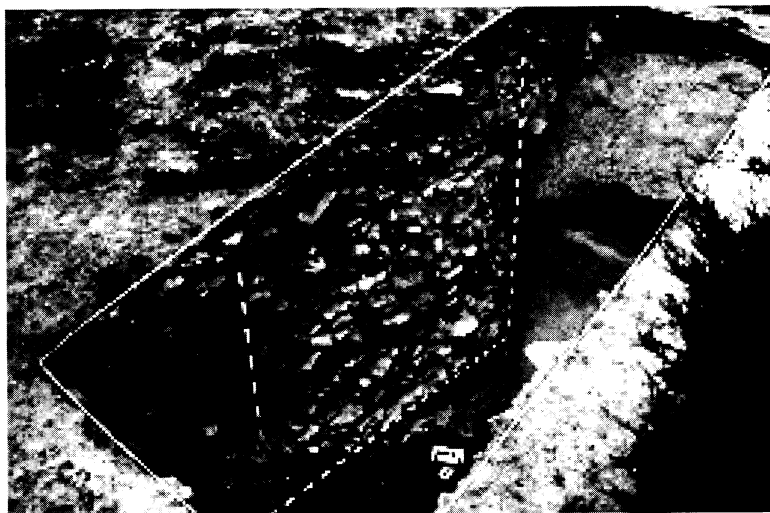


Lámina III.- Excavación de la estructura tumular de Menga (1) y de Viera (2).